

Honoris causa. Manuel Sadosky en sus noventa años

Mario Bunge, Gregorio Weinberg, Tomás Eloy Martínez,
Guillermo Jaim Etcheverry, Paglo Jcovkis
Libros del Zorzal, 2004

pp. 165-167

Durante la década de los setenta, a raíz de los golpes de Estado en países del Cono Sur, el Cendes tuvo la oportunidad de beneficiarse de un buen grupo de intelectuales exilados. Fue un período de fuertes debates políticos por la pérdida de la democracia en los países del sur del continente. La presencia de estos académicos en el Cendes contribuyó positivamente a un ambiente de diálogo, discusión y búsqueda de nuevas vías para alcanzar una democracia con justicia social en América Latina.

Entre las personas que formaron parte del Cendes en esa década —algunos de los cuales continuaron aquí después de restablecidas las democracias— se pueden mencionar nombres como: Mario Testa, Carlos Domingo, Carlos Matus, Oscar Varsavsky, Manuel Sadosky, Sergio Aranda, Hebe Vessuri, Judith Sutz, Graciela Gutman, Fernando Porta, Jorge Leiva, Manuel Eiros, Jorge Kats, Alejandro Rofman, Oscar Moreno, Cecilia Cariola, Miguel Lacabana. La mayoría perteneció a una generación en la que —como señala Pedro Krotsch, quien vivió el exilio en México— las utopías todavía danzaban en el aire.

Hubo muchos otros que participaron de manera itinerante, pues el Cendes era un centro de referencia que favorecía un ambiente permanente de discusión intelectual orientado a comprender la difícil situación latinoamericana del momento. Por otro lado, el instituto había sido referencia también en la discusión de la teoría de la dependencia con la presencia de los más ilustres representantes de esta tendencia, que tuvo su momento cumbre a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta.

Manuel Sadosky fue uno de esos personajes importantes que estuvo en el Cendes varios años, y a él está dedicado el libro que reseñamos. Este reúne cinco semblanzas, escritas por amigos y colegas, que representan un homenaje que le fuera ofrecido en su país, Argentina, al cumplir los noventa años. Tomás Eloy Martínez señala en su semblanza que «Las esperanzas nunca cumplen noventa años. Las esperanzas son siempre jóvenes, despiertas y lúcidas, como lo es el hombre de ciencia —el maravilloso hombre, a secas— que hace tres décadas me enseñó el valor del cero y la sensatez del infinito». Un año después,

a los noventa y un años, muere siendo «profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires», oportunidad en que el rector de esa casa de estudios manifestara: «Sadosky representa un símbolo. El símbolo de lo mejor que hemos podido ser. El símbolo de una Argentina que quiso creer en el futuro».

Hay aspectos que resaltan reiteradamente en las semblanzas, que nos recuerdan las posiciones de Sadosky cuando estuvo en Venezuela. Él era un ferviente defensor de la escuela primaria pública para todos. Pudo beneficiarse de un sistema educativo argentino que todavía estaba imbuido de las ideas de Sarmiento, de quien era gran admirador: «y no había una escuela para pobres y otra para ricos», solía decir. Y es que, en efecto, gracias a la calidad de esa escuela primaria pública, él y sus hermanos pudieron estudiar y llegar a la universidad, siendo su padre un inmigrante ruso, de oficio zapatero.

Sadosky era un convencido de que el mayor capital que puede tener un país es el talento de su gente. Se licenció en Ciencias Físico-Matemáticas y se doctoró en Matemáticas. Contribuyó enormemente al desarrollo de la matemática y de la informática, siendo considerado el padre de la computación en Argentina, y responsable de la importación de la primera gran computadora (llamada «Clementina») a América Latina, en donde el también legendario Oscar Varsavsky pudo realizar sus primeros modelos matemáticos.

Mientras muchos exilados quisieron irse al norte, Sadosky exploró las posibilidades de vivir en México o Venezuela, «al país que más lo necesitara», decía. Tuvimos la suerte de que se viniera a Venezuela, aunque de esa etapa hay muy poco en las cinco semblanzas; solo notas tangenciales, como en la de Tomás Eloy Martínez, que compartió con él la ciudad de Caracas. Señala Martínez que para muchos de los exilados que vivían en Caracas en esa época, Sadosky «era la luz argentina, el signo de que el país lejano seguía vivo en la inteligencia de sus mejores hombres. Confiábamos en que esa inteligencia borraría las huellas (pero no la memoria) de la opresión y de las degradaciones que fatalmente dejan los absolutismos y las dictaduras. Manuel Sadosky era nuestra esperanza y nuestra conciencia». Otra semblanza de la época de Caracas la ofrece Pablo Jacovkis «Manuel había alquilado un departamento hermosísimo, con balcones llenos de flores tropicales, y las reuniones que allí tenían lugar daban mucha sensación de seguridad. Manuel siempre ayudaba a todos».

Comenta Jacovkis que la capacidad de Manuel de transmitir su entusiasmo a todo el mundo siempre lo maravilló. «Recuerdo una conferencia que a pedido de Manuel debía dar Carlos Domingo (un argentino que continúa radicado en Venezuela). El día anterior, Carlos fue a su habitual curso de paracaidismo; cuando saltó, el paracaídas no funcionó y, por suerte, después de unos segundos en caída libre —que debieron parecerle horas— se abrió el paracaídas de emergencia y aterrizó sano y salvo. Le pregunté entonces a Carlos

Domingo cómo se había sentido durante esos segundos en caída libre y me contestó:
'Pensé, uy, Sadosky me mata si no doy la conferencia a los estudiantes' ».

... Y es que para Sadosky los estudiantes eran lo más importante. Por ello me considero afortunada de contarme entre las personas que en el Cendes lo tuvo como Maestro.

Carmen García Guadilla
Profesora-Investigadora del Centro de Estudios
del Desarrollo, Cendes-UCV